

MARCO MARTOS CARRERA

***PALABRAS SOBRE CAMILO FERNÁNDEZ
COZMAN***

Queridos amigos:

Nos reunimos esta noche para saludar a Camilo Fernández Cozman y rendirle homenaje múltiple precisamente el día de su natalicio, por su fecunda labor intelectual a lo largo de veinticinco años de vida académica y creadora. Quienes en esta ocasión lo acompañamos somos sus antiguos profesores, como es mi caso, sus colegas, maestros de varias universidades, sus alumnos y, de forma especial, sus familiares, orgullosos de tener entre ellos una persona tan destacada. No es algo habitual lo que ocurre hoy, tiene los perfiles de lo insólito, acostumbrados como estamos en un país de frágil memoria a preparar ceremonias póstumas que son solo la antesala del olvido definitivo. Este homenaje se hace en la mitad del camino de la vida, significa un balance intelectual y afectivo, y, aunque parezca insólito, genera en un hombre que ha dado tantos y tan magníficos frutos mayores obligaciones con la sociedad académica que hoy lo distingue, porque las obras de los mejores, como lo dice Cervantes, son observadas prolijamente y con mayor cuidado.

Conocí a Camilo, de manera insólita, en un club de ajedrez, lugar que era muy conocido, pues practiqué el juego ciencia

durante varios años de mi vida. Acompañaba a su padre, que era profesor, y como es habitual en ese sitio, propicio para los tímidos, apenas hablaba con otros trebejistas. Rubén Fine, ajedrecista notable y psiquiatra norteamericano, ha escrito sobre una enfermedad llamada *Xilotismo*, atracción por la madera, que tiene como característica que los pacientes se reúnen de dos en dos o en grupos y que permanecen durante horas, sentados frente a frente, moviendo de rato en rato unas fichas en un tablero, sin proferir palabras o diciendo alguna de cuando en cuando. La enfermedad, dice, se vuelve más compleja, cuando los pacientes acuden a lo que se llaman clubes, unas especies de sanatorios en contrario, y es francamente casi incurable cuando los pacientes participan en lo que llaman torneos, que son adictivos y causan serios trastornos que modifican para siempre la vida de los enfermos. El *Xilotismo*, termina, aleja a los varones de sus objetivos naturales: el vino y la mujer. Esto último ha dejado de ser cierto, pues ahora varones y mujeres alternan en el reino de Caissa, que así se llama la diosa mítica del ajedrez, con naturalidad. Y el fenómeno más notable que ha ocurrido en el ajedrez en los últimos cincuenta años es la irrupción de las mujeres en las competencias de primer nivel.

Cuando Camilo apareció en el Club de Ajedrez de Lima, venerable institución, fundada en 1874, vaya y pase, era solo un niño que acompañaba a su padre. Pero cuando participó en uno de los torneos, y eso ocurrió en el Club San Isidro, tiempo más tarde, la figura de José Raúl Capablanca, en San Sebastián 1912, pasó por todas las mentes de los mayores. En esa ocasión, los ajedrecistas fogueados, Nimzowich y Berstein, pusieron reparos a la participación de un niño en una competencia de mayores. Pero no hubo forma, Capablanca tenía los pergaminos para hacerlo y ganó el torneo. Es incómodo, por decir lo menos, tener treinta

años y jugar con un niño de doce en un torneo. Sobre el tablero no valen los triunfos internacionales o nacionales, no se juega poniendo nuestro currículo ajedrecístico, es una nueva partida, y en cada niño puede haber un potencial campeón. Solo para culminar este introito, puedo terminar diciendo que salve la vida y pude hacer tablas con ese infante. Pero en mí se generó una dosis de confianza en ese ajedrecista y, con la audacia que se nos atribuye a los poetas de vaticinar el porvenir, pensé, y me acuerdo con mucha nitidez, que un niño con tanto aplomo, seguridad, sagacidad, estaba llamado a obtener logros en cualquier empresa de la vida. Y así ha ocurrido en el campo de la literatura.

Pasaron varios años y un día apareció Camilo en San Marcos y, por supuesto, lo visualicé: amable como casi todos los ajedrecistas, inteligente, astuto. Damas y caballeros, los ajedrecistas son astutos y algunos los confunden con tontos; son calculadores, estrategas y tácticos como los militares, y soñadores como los artistas. Y este es el cuadro que vengo a trazar en apretadas líneas: el de un intelectual de éxito que sigue, en su vida y su obra, los caminos que ofrece el ajedrez a quienes tienen la fortuna de conocerlo. Un ajedrecista tiene planes, estrategias, tácticas, siempre piensa en lo que tiene qué hacer y qué hace otro para impedirlo. Ocurre que la palabra cálculo está desprestigiada, pero para un ajedrecista, la palabra cálculo es hermana gemela de aquella otra que parece su antagonista, espontaneidad. El ajedrecista es espontáneo, dentro de un plan general trazado siempre con anterioridad. En el campo literario, respecto a las personas de su generación y aun mirando a las anteriores, Camilo Fernández Cozman es el que ha publicado más libros, ha obtenido más distinciones, ha ascendido más rápido y es el miembro más joven de la muy longeva Academia Peruana de la Lengua, que ha manifestado, por razones dignas de investi-

gar, una sutil pero efectiva resistencia a la acepción de los jóvenes como miembros de número. En una ocasión, cuando se postulaba a Camilo Fernández como miembro de la institución y había que llevarlo a una votación, alguien me dijo: “¿Quién es Fernández?”. En mi calidad de presidente llamé al candidato y le dije: “Llévele a tal persona sus libros”, que en ese momento eran ocho. Justo es decir que quien no lo conocía me llamó y me dijo: “Fernández tiene todos los méritos académicos, merece ser elegido”. Y hay que recordar que se necesita muchos votos para ingresar, los dos tercios de los votantes, más que para presidente de la república.

Siendo alumno en San Marcos, Camilo Fernández alcanzó a conocer y tratar a algunos maestros de fuste que todavía estaban en el claustro como Wáshington Delgado, Edgardo Rivera Martínez, Jorge Puccinelli, Antonio Cornejo Polar, José Antonio Bravo y pudo empezar a percibir a la universidad como una casa del saber donde conviven tres generaciones al mismo tiempo, que viene del pasado y que se interna en el porvenir, siempre en búsqueda de nuevos horizontes. El clima de toda la década del ochenta fue sombrío para la universidad y para el país entero, poco a poco nos fuimos acostumbrando a vivir en la zozobra y a sobrevivir en medio del terror y la contrainsurgencia. Recuerdo con nitidez una carátula de *Le Monde*, el diario francés, que decía “Alan García sentado en un volcán”. Esa poderosa imagen resume la época, solo que los sanmarquinos estábamos dentro del volcán, y de qué modo. Lo asombroso es cómo dentro de un clima verdaderamente adverso para el estudio y el sosiego, Camilo Fernández y otros contemporáneos suyos pudieron alcanzar niveles de excelencia en circunstancias tan negativas. La única explicación posible es la buena madera que traían y el espíritu antiguo de San Marcos que anidaba en profesores y alumnos, así como cuando cayó el

imperio romano, su cultura permaneció en el latín que se hablaba y que estaba escrito en los documentos que se guardaban en los monasterios. Y de la misma manera que en la Edad Media, a una edad oscura, sucedió otra brillante que tiene que ver con el surgimiento de los idiomas romances y con la creación de una nueva prodigiosa literatura: fueron los jóvenes los protagonistas de los cambios que sucedieron en la Universidad en nuestra especialidad que aparentemente, como en otras áreas, sufrió con el retiro o el fallecimiento de muchos destacados maestros. Y podemos decir, a la luz de las realidades de hoy, que en estos últimos veinte años, a pesar de las nuevas vicisitudes que asolaron la Universidad, como la disputa oscura por el poder central dentro del claustro, Literatura en particular y la Facultad de Letras en general han pasado la prueba, se han renovado sin grandes traumas y continúan una trayectoria que sigue siendo la mejor del país. Y en el centro de todas estas acciones, con sus clases y sobre sus libros, está Camilo Fernández Cozman, que en estos años difíciles, junto a la profesora Ana María García, ha formado su propia familia, ha tenido sus hijos y se ha convertido también en un padre ejemplar.

Camilo Fernández desde 1990 hasta 2014 ha publicado 16 libros originales (uno de poesía y quince de crítica literaria), ha traducido cuatro libros del francés, ha obtenido unos veinte premios en concursos, del más alto nivel, ha presentado ponencias en numerosos congresos internacionales y es invitado frecuente a nuevos eventos en otros países. Nada de esto es azar, es el fruto de la inteligencia y del trabajo. En cierto sentido, y esto lo digo por primera vez, lo veo parecido a Samuel Reshevsky, un niño genio ajedrecista judío polaco que adoptó la nacionalidad norteamericana. Teniendo muy poca edad, lo llevaron a jugar ajedrez con un hombre muy rico al que llamaremos Scholtz y este le dijo: “¿Sabes con quién vas a

jugar? Soy Scholtz, el hombre más rico de Polonia”. Y entonces el pequeño Samuel le respondió: “En ajedrez, yo soy Scholtz”. Cuando se le ve a lo lejos, lento o presuroso, a Camilo Fernández, caminando por los pasillos de la universidad, es sorprendente que ese hombre, parecido a tantos otros, de modales reposados, lleva sobre sus hombros una cabeza literaria, un modelo de pensar la realidad desde la literatura, por la literatura, para la literatura, y que su dedicación y sus logros son en verdad asombrosos. Peruanos como él, en otros países serían millonarios, pero aquí les toca correr de una universidad a otra, fatigarse en mil tareas y llegar a casa tarde, robar tiempo al sueño para escribir libros y libros sin cansarse.

Poniendo en práctica el método sistémico que se usa en psiquiatría podemos decir que basta repasar los nombres de los autores que aparecen mencionados en los títulos de los libros que publica para poder señalar las características de la familia literaria a la que como crítico se adscribe Camilo, cuál es la manera, cómo se acerca a los textos, qué es lo que quiere cuando los escribe. Cada título de Camilo Fernández es como un lema de sus preferencias personales y estas son la mejor línea de la poesía peruana contemporánea, aquella que va de César Vallejo a Watanabe, pasando por Eguren, Moro, Westphalen, Blanca Varela, Eielson, Delgado, Romualdo, Hinostroza, Cisneros. Convertido en el crítico que más aportes ha hecho al estudio de la poesía peruana en los últimos años, Camilo Fernández es quien mejor ha resuelto el viejo problema de para quién escribir crítica, cómo hacerla precisa, porosa a los aporte teóricos de las últimas décadas y al mismo tiempo dúctil para el lector de todos los días. Ya en los años cuarenta del pasado siglo, un profesor que iba a ser un gran poeta, Gonzalo Rojas, escribió un poema, “La lepra”, que denuncia a esa crítica que disecciona la obra literaria como una res en el matadero, y años más tarde, en 1964, en su libro

de poemas más famoso, “Contra la muerte”, hace el elogio vivo de la poesía de César Vallejo y al mismo tiempo vuelve a arremeter contra los letrados que “lo manchan todo con su baba metafísica”. Si se trae a colación este magnífico ejemplo, es porque justamente en el Perú un autor, Camilo Fernández, de cuyos pergaminos académicos nadie puede dudar, es el que encabeza la vuelta del crítico a la mesa del lector si no quiere estar condenado a permanecer en los últimos anaqueles de las viejas bibliotecas o en los microfilmes que nadie consulta ni en las bibliotecas más especializadas. ¿Para quién escribimos? ¿Para qué formamos críticos? ¿Qué es un profesional de la literatura? Camilio Fernández, con su vida y su obra, da respuesta a estas cruciales preguntas. No otra cosa hicieron Eliot y Pound en la lengua inglesa, o Benjamin en la lengua alemana, o Vallejo o Luis Loayza entre nosotros. Son ejemplos extremos de cómo la crítica debe ser creativa si quiere ser apreciada; tantas otras páginas han sobrevivido menos que los textos que comentan o son indigestas para todo tipo de lector. La presencia cariñosa de todos ustedes esta noche es una señal, no solamente de que Camilio Fernández es un crítico y profesor destacado, sino un hombre bueno, cabal, de los que poco abundan, uno de esos que sabe ganarse el cariño de sus semejantes en todo tiempo y circunstancia.

Correspondencia:

Marco Martos Carrera

Docente del Departamento Académico de Literatura de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: marcomartos9@hotmail.com